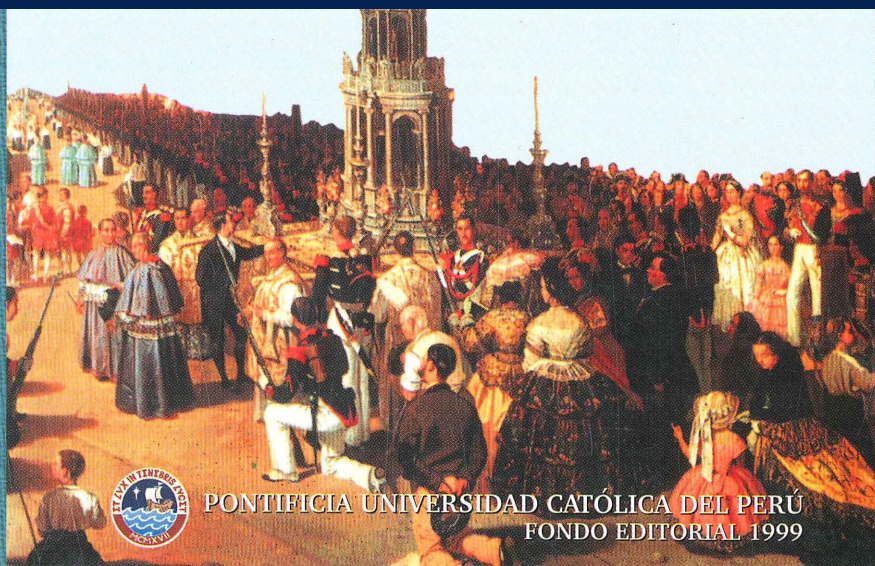


Celebrando el **Cuerpo** de **Dios**

Antoinette Molinié
editora

Capítulo 5



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 1999

Primera edición, julio de 1999

Supervisión de la edición: Juan M. Ossio

Asistente en la supervisión: Gerardo Castillo

Diseño de cubierta: AVA Diseños

Celebrando el Cuerpo de Dios

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú.

Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Lima-Perú

Telf.: 460-0872 - 460-2291 - 460-2872 anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-158-9

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA TARASCA. MUJER DIABLO EN EL CORPUS CHRISTI

por Beatriz Moncó

Cuenta la leyenda que en la Provenza francesa, en el pueblo de Tarascón, un horrible animal, un horrendo monstruo hasta entonces desconocido, asolaba tierras y exterminaba animales y personas. Los aterrorizados habitantes rogaron la intercesión de Santa Marta quien, ayudada por la Divina Providencia y mediante exorcismos, consiguió que tan terrible bestia se arrojase voluntariamente a las aguas del Ródano. Desde entonces, para conmemorar tan fausto acontecimiento, el pueblo de Tarascón celebra unas procesiones que han dado lugar a una festividad célebre en toda la región provenzal.

Así, el lunes de Pentecostés (DUMONT 1951), se exhibe una representación de la tarasca: un furioso animal formado con un armazón de aros recubiertos de tela pintada y al que se añade un escudo semejante al caparazón de una tortuga. A tan tremenda construcción se la presenta con las fauces abiertas, enseñando varias hileras de dientes, larga cola recubierta de escamas y con garras en las patas. Los portadores que la sujetaban (por lo común una docena de hombres) corrían por las calles, a galope tendido, hasta que llegaban a la iglesia correspondiente, donde con tres saltos saludaban a la santa liberadora

El 29 de julio, festividad de Santa Marta, se celebra otra

procesión que aún llevando el mismo monstruo es una solemnidad más tranquila. La agitación de la anterior se convierte en quietud, la carrera en ligero paseo, mientras que una niña, representando a la santa, precede a la bestia arrojándole, de vez en cuando, agua bendita a las horrendas y abiertas fauces.

Desconozco hasta que punto los aspectos tradicionales de la tarasca provenzal influyeron en la concepción de la misma en la fiesta del Corpus. Las noticias que tengo al respecto son contradictorias y se refieren exclusivamente a reelaboraciones de algunos autores que recuerdan su origen tradicional, o a comentarios de personas que parecen hablar de oídas. Este último es el caso del viajero Brunel quién en 1665 escribe: «Me han hablado de otra máquina espantable... la llaman la Tarasca, del nombre de un bosque que dicen haber habido en otro tiempo en la Provenza, en el lugar donde está, frente a Beaucaire, a orillas del Ródano, la ciudad de Tarascón»¹. Por otro lado, y como suele ocurrir con toda tradición oral, la leyenda sufre algunas transformaciones que pudieran ser significativas. Continúa nuestro escritor: «Sostienen que hubo allí en otro tiempo una serpiente que era tan enemiga del género humano como la que sedujo a nuestros primeros padres en el Paraíso terrenal, y a la que los antiguos llaman Behemoth. Cuentan que Santa Marta la venció, sujetándola con su cinturón, por las oraciones continuas que para ello dirigió a Dios»².

La localización geográfica (Tarascón), el sujeto-héroe (Santa Marta) y el resultado final (el bien vence al mal) no varían, aunque sí sufren matizaciones el *modus operandi* y

1. La localización geográfica de Brunel coincide con la de Dumont. He seguido a este autor respecto a la fecha de la primera procesión. He leído también que corresponde al segundo domingo después de la Pascua de Pentecostés.

2. Antonio de Brunel. «Viaje de España». Utilizo el II tomo de «Viajes de extranjeros por España y Portugal». Las citas corresponden a la p. 441 (Original de 1665).

el sujeto-monstruo. En la primera versión es un espantoso y fiero animal, terrible destructor de especie desconocida; el mal que hace y el dolor que depara son sus señas de identidad. Sin embargo en la versión de Brunel la bestia es una serpiente (algo temida pero en definitiva conocida y cotidiana) pero que se compara, nada más y nada menos, que con la Serpiente (en mayúscula) que buscó la desgracia a la especie humana. Con otras palabras: Brunel habla del Demonio. Por otra parte esta segunda versión refiere que fue la santa, ayudada por Dios y mediante sus oraciones, quien la venció; mientras que en la primera la ayuda divina está mediatizada o apoyada en un exorcismo. Y precisamente el cambio de la oración al conjuro (del inicio del ritual a la consumación del mismo) nos lleva de una a otra variación en tanto en cuanto evoca al mismo sujeto: la serpiente representación del diablo, el exorcismo como ritual práctico de expulsión de Satanás.

Dejo, no obstante, a un lado las posibles significaciones de las variaciones del relato para fijar mi atención en los elementos comunes: la tarasca, la fiera contra la que lucha Santa Marta, es una representación diabólica. Y aún más, es una evocación demoniaca con personalidad propia, pues Brunel la compara, y no es el único ³ con el demonio Leviatán que, según la doctrina, era «demonio de foverbia; porque tent nueftros primeros padres de Fobervia; y propiamente fignifica Additamentum, porque les prometi añadidura de Divinidad» (NOYDENS p.27).

El monstruo-tarasca y el monstruo-soberbia: una representación de lo diabólico y el pecado entre pecados que hizo caer tanto al angel como al hombre. La serpiente y el demonio y entre ellos la mujer-Eva y la mujer-Marta; en definitiva, tres caras de una realidad.

3. Así lo expresa también José DELEITO Y PIÑUELAS (1963 p. 173)

II

Mujer y demonio es la pareja perfecta, las dos caras de la misma moneda. La unión de lo femenino y lo diabólico es tan antigua como el mundo y tan eterna como el mal, extendiéndose en el espacio y traspasando culturas, modas y clases sociales ⁴.

No puedo analizar pormenorizadamente el encaje de ambas nociones; sin embargo creo que todos podemos recordar libros, personas o instantes en los que tal tema se ha suscitado. Contando con ello en este momento me limitaré a seleccionar determinados tipos femeninos e hilvanar las conexiones que puedan tener con el signo «demonio».

Seguramente la primera imagen de ambos que ofrece nuestra cultura se deba a la tradición bíblica; una imagen que no sólo une los componentes de nuestro trinomio (serpiente-mujer-demonio) sino que sirve para engarzar de forma definitiva a la mujer y al diablo haciéndoles representantes de la desgracia, el temor, la soledad, la tentación y la debilidad.

La mujer, bajo esta perspectiva, significa tanto inferioridad como maldad, una ecuación que sólo se matiza con algunos cambios histórico-culturales pero que, como he dicho, es permanente e inmutable a través de los siglos. Una ecuación, por otra parte, establecida desde el origen: mientras que el hombre fue obra directa de la Divinidad, la mujer necesitó de la colaboración masculina (una costilla) para exis-

4. Obviamente quienes propugnan tal igualdad, aún sin reconocerlo, están estereotipando a la mujer, dotando al concepto de una mayúscula que en realidad no posee. En la cultura popular la pareja es protagonista de multitud de refranes que siguen vigentes en nuestros días: «Si a la mujer y al demonio ves llegar échate a temblar» o... «ves aparecer, echa tú a correr» y variantes similares. En el ámbito doméstico creo que el refrán por excelencia es «dos hijas y una madre, tres diablos para un padre» o «suegra, cuñada y mujer, con el diablo te has de ver». Para una perspectiva antropológica puede verse MONCÓ 1989a.

tir convirtiéndose así en un «subproducto» de Dios. Y por si esto no fuese suficiente lacra, su torpeza, ambición y malicia hizo el resto. La hembra, culpable de la pérdida de la inocencia y el bienestar, es portadora de la desgracia, la receptora del mal. Los significantes (y los contextos) son diferentes pero de semejantes y múltiples significados. Desde este punto de vista mujer y demonio son signos de amplia semántica: pereza, soberbia, impureza, ira, mentira, avaricia, gula, dolor, duda, son algunos de los semas indicadores de su polivalencia.

Esta semejanza, por otra parte plurifuncional, actúa en diferentes contextos; de hecho ambos factores del binomio, dependientes entre sí, adquieren categoría de eterno gracias a las distintas manifestaciones artísticas. Pensemos, por ejemplo, en Giotto o Botticelli o simplemente recordemos como la lujuria y la tentación están presentes en Saint-Sernin de Toulouse o en el Pórtico de la catedral de Jaca. La literatura, por su parte, ofrece a la pareja un carácter protagonista⁵ aunque ahora no sea posible exponer el modo en que tales figuras se han desarrollado en nuestras letras. A pesar de ello es interesante constatar que el diablo ya aparece en una obra del siglo V⁶ y que alcanza su apogeo es un periodo histórico pleno de contrastes, tiempo de maravilla y misterio, de honor y honra, apogeo de las artes; tiempo que, igualmente, acogió a pecadores y a santos, quijotes y

5. Los ejemplos son innumerables: Lope de Vega, Quevedo, Gracián, Calderón, Vélez de Guevara, etc. Recuerdo aquí unos versos de éste último en los que, algo groseramente, se ensalza el poder femenino sobre algunos males, entre ellos el mismo demonio: «Lucifer, tiene muermo/Satanás, sarna/ y el Diablo Cojuelo/ tiene almorranas./ Almorranas y muermo,/ sarna y ladillas,/ su mujer se las quita/con tenacillas.(VÉLEZ DE GUEVARA, p. 204). En *El agualcil alguacilado*, de Quevedo, hasta los propios diablos reniegan de las mujeres, admitiendo «que a no haber tantas no sería muy mala habitación el infierno» (Citado por DELEITO Y PIÑUELAS 1946 p.72).

6. Así lo asegura Lisón Tolosana (1989b) al referirse a la obra *De Deo* cuyo autor, Draconio, fue monje en la Bética.

sanchos; un tiempo impresionante que no en vano mereció llamarse «siglo de oro».

En 1529 veía la luz la obra *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones y hechicerías y vanos conjuros*. Su autor, Fray Martín de Castañega, fiel representante de la doctrina, razona sobre algo conocido por todos, precisamente las razones que motivan la tan estrecha relación de mujer y diablo. Escribe: «Lo primero porque Cristo las apartó de la administración de sus sacramentos, por esto el demonio les da esta autoridad más a ellas que a ellos en la administración de sus exsacramentos. Lo segundo porque más ligeramente son engañadas por el demonio como parece por la primera que fue engañada, a quien el demonio primero tuvo recurso que al varón. Lo tercero, porque son más curiosas en el saber y escudriñar las cosas ocultas, y desean ser singulares en el saber, como su naturaleza se lo niegue. Lo cuarto porque son más parleras que los hombres, y no guardan tanto secreto, y así se enseñan unas a otras, lo que no hacen tanto los hombres. Lo quinto porque son más sujetas a la ira y más vengativas y como tienen menos fuerza para vengarse de algunas personas contra quienes tienen enojo, procuran y piden venganza a favor del demonio. Lo sexto porque los hechizos que los hombres hacen atribúyense a alguna ciencia o arte... Mas las mujeres, como no tienen excusa por alguna arte o ciencia...» (p. 3-4).

Las mujeres son así el polo opuesto a la doctrina y el ritual y caracterizadas por un menor discernimiento, una curiosidad malsana contraria incluso a su naturaleza, por ser parlanchinas y de lengua suelta, vengativas al cien por cien y representantes de lo desconocido y lo oscuro, no en un sentido mágico sino diabólico. Estos caracteres generales se concretan en determinados tipos femeninos con relieve tanto en las letras barrocas como en la realidad. Pasemos rápida revista a unos cuantos para apreciar cómo revelan significaciones de un *Zeitgeist* concreto y específico.

Las dueñas, por ejemplo, tuvieron tanto real como lite-

rariamente un lugar especialísimo en el Siglo de Oro español. Ellas se convierten, tanto popular como escénicamente, en mujeres-percha en las que sus contemporáneos van colgando cada uno de los vicios que a diario ven en sus vidas. Las dueñas, mujeres siempre a caballo de estructuras, configuran cada uno de los trazos de la maldad, no en vano son — en palabras de Vélez de Guevara— «demonias hembras». Este tipo de dueña-guardián, puede transformarse en un tipo-celestina que no tardará en convertirse en otra mujer-tipo ya plena de carácter diabólico: la hechicera ⁷.

Y quienes son las hechiceras? Al igual que en el caso anterior (y lo mismo ocurrirá con el siguiente) el tipo hechicera es una mujer de mediana o avanzada edad, sin varón que la proteja o cuide, que debe ganarse la vida por sus propios medios. Pero también son mujeres con saberes distintos, especiales, satánicos, al decir de sus contemporáneos, algunas con «pactos expresos» con el diablo y que acercaron al gran público caracteres del síndrome demoniaco. De hecho ellas y la brujas popularizaron la doctrina al personificarla y dramatizarla ante las capas sociales menos preparadas. De esta manera el pez, los cabos de vela, el coral, las violetas, la piedra imán, el semen y las raíces de polipodio, adquirieron carácter mágico-histórico al unirse a nombres como el de Josefa Carranza, María Pérez o Margarita de Borja ⁸, creando, al tiempo, una tragicomedia donde la ignorancia y la mala fe, la superchería y la maravilla fueron de la mano.

Pero aún más espeluznante es la historia del tipo bruja. Las brujas son mujeres ancianas, desamparadas y desarraigadas que encontraron en la figura demoniaca la razón de

7. A propósito del carácter liminal de este tipo femenino y de sus transformaciones puede consultarse MONCÓ 1989b.

8. Todas estas mujeres fueron acusadas de hechicería ante los tribunales de Toledo y Cuenca. Sebastián Cirac Estopañán (1942, p. 51) ha cotejado treinta y cuatro procesos por adivinación y sortilegios entre 1610 y 1670. Puede verse también el primer capítulo de MONCÓ, 1989a.





Fig. 12. Proyectos de tarascas presentados al Ayuntamiento de Madrid, en el siglo XVII (Bernáldez, 1983).

sus vidas o, en casos, de sus envidias y soledades. Veamos casos concretos.

Corre el año de 1625. Isabel Jimena, bruja famosa de Madrid, escucha ante la Inquisición cómo algunos vecinos afirman haberle visto bailar con tres gatos negros, mayores que los ordinarios, que entraban y salían por la ventana. La figura del diablo y el conjunto brujo-demonil se va perfilando caso a caso. En 1639 Isabel Xuarez, de Val de Pilagos, describe cómo una noche, en casa de la Pastora, oyó un fuerte balido de cabrón y vio un carro de mujeres desnudas —entre ellas la dicha Pastora— que bailaban alrededor de una figura que, a su parecer, era un gran cabrón con cuernos descomunales. Al finalizar —dice la testigo— insultó e impreco a Pastora: «Ah, perra, mala mujer... ¿Es posible que has de hacer esta ofensa a Dios Nuestro Señor y venir a besar el culo al diablo?».

Apreciamos que al compás de la imagen estereotipada no sólo se construye un patrón cultural voceador de la doctrina y la norma, sino que la relación de nuestra pareja (mujer y diablo) toma diferentes sesgos al tiempo que perfila nuevas significaciones del signo demoniaco. Son así multitud las protagonistas y los espacios; cientos de mujeres, en innumerables puntos de la geografía española, supieron lo que es el terror, la incomprensión, el riesgo y la heterodoxia; cientos de nombres confeccionaron un mapa, delineado a sangre y fuego, en el que el diablo se enseñoreaba ofreciendo a su pareja la recompensa y el dolor de ser diferente.

Y distinta también es la beata, mi favorita. Todos conocemos a esta hembra barroca: una mujer sin fronteras, sin ataduras, sin dominios, sin normas. Ella es un ser que ni tiene, ni es, ni está⁹. Los ejemplos se multiplican: Isabel de la Cruz, María Cazalla, Leonor López, María Romera y un

9. Puede verse un análisis más amplio de la beata en LISÓN TOLOSANA, op. cit., especialmente en su capítulo II. Asimismo en MONCÓ, 1989a y 1990.

larguísimo etcetera heterogéneo y palpitante donde el espíritu y la doctrina conviven con la esclavitud de ser mujer y el estigma de ser converso.

A sus características socio-culturales las beatas unen una acendrada religiosidad que se encastra en el *ethos* de la época. Las beatas se santifican como y donde pueden, adueñándose, en último término, de una particularísima espiritualidad que pasean por Zafra, Sevilla, Jan, Ubeda, Baeza, Almagro, Llerena y (cómo no?), por las salas inquisitoriales. Son mujeres amadas, temidas, escuchadas, y perseguidas que dan un salto hacia la divinidad de la mano de Satán ofreciéndole lo único que realmente es suyo: su cuerpo. En otras palabras, si la dueña es representación demoniaca, si la hechicera es su discípula, si la bruja es compañera, la beata-posesa es la «unidad-dual», el dos en uno, que significa dos ideas-mente y un solo cuerpo. La beata, ambigua en su pensamiento y acción, lo es también en su propia esencia y existencia. La beata, mujer posesa, es el mismo demonio. Demonio que en el cuerpo femenino nos abre camino hacia un fascinante mundo de significación: la antropología de la palabra ¹⁰.

III

Resta pues comentar cómo se combinan y significan los últimos vértices del triángulo tarasca-demonio-mujer. Para ello voy a comenzar por lo más sensible: la imagen, que a la vez servirá para encauzarnos hacia otros caminos de reflexión.

Son conocidas las representaciones de esos grandes

10. Me refiero concretamente al «decir satánico». El lenguaje del gesto y del movimiento tienen gran importancia en la doctrina (de hecho existe una dialéctica del cuerpo en la posesión) pero creo que para nosotros aún la tiene en mayor grado la palabra y su significación. Puede verse LISÓN TOLOSANA, op. cit. t.II y MONCÓ 1989a.

serpentones que, por lo menos en la zona centro y sur de España, alegraban las procesiones del Corpus. En su recuerdo, el Ayuntamiento de Madrid ha publicado una obra, con texto de José María Bernáldez Montalvo, en la que se pueden apreciar tarascas diseñadas en los siglos XVII y XVIII. Observemos algunos de los del siglo XVII (véase como ejemplo los diseños de la fig. 12 p. 136-137).

En conjunto se podría indicar que los artistas derrocharon su arte en representar la tarasca-mujer. Del total de veintidós dibujos, once son de un antropocentrismo marcado (de hecho los de 1657, 1666 y 1677 carecen de serpiente). En ocho casos se combinan personas y diferentes animales (monos, burros, toros y caballos). En tres se añade la figura del diablo en su representación más clásica y familiar y en dos casos se adicionan unas monstruosas configuraciones pseudo-demoníacas (la de 1677 me parece, en este sentido, una muestra excelente).

Pero la plasmación de la figura de la tarasca –como animal– nos vuelve a recordar ciertas similitudes con la mujer al tiempo que, como ella, nos adentra en categorías inciertas y paradójicas si nos movemos del plano teórico a la realidad de la *praxis*.

Muchos autores del Barroco han trazado los caracteres específicos de la mujer, algunos de los cuales ya hemos comentado en el apartado anterior. Igualmente las crónicas contemporáneas (Barrionuevo, Pellicer, Novoa e incluso anónimos jesuitas) ponen de relieve que la mujer se mueve en un continuum moral-accional cuyos extremos son lo ideal y lo real. La mujer es un ser ambiguo que preferentemente habita espacios geográficos y morales de carácter intersticial (MONCÓ 1989c). Pues bien, ese carácter liminal, aureolado de ambigüedad, es propio también de la tarasca. Pero aún más, su indeterminación comienza en lo más sencillo, su propia naturaleza.

En el Cobarrubias leemos que *tarasca* es «una sierpe contrahecha que suelen sacar en algunas fiestas de regozijo»

(p. 954). En Corominas y Pascual se añade que «se trata de una figura de serpiente monstruosa, de boca enorme y en actitud de morder» (p. 416). El María Moliner señala, más generalmente, que *tarasca* es una «serpiente con la boca muy grande que se sacaba en algunas procesiones» (p. 1266).

Con más o menos abundancia de datos es claro que la tarasca es una serpiente; animal que cotidiana y naturalmente posee unas características concretas, comunes a las dos mil setecientas especies existentes, y que podrían resumirse diciendo que son reptiles que carecen de miembros y de párpados movibles así como de aberturas auditivas externas (de tímpanos y de oído medio también) con todo su cuerpo revestido de escamas. Sin embargo podríamos preguntarnos ¿representan serpientes las imágenes de la tarasca?. Rotundamente no.

En todos los diseños de la tarasca se dibuja al animal con orejas y patas. Refiriéndome sólo a estas últimas en un caso son de león, en tres de ave y en uno de pato, mientras que en el resto son patas de saurios. Su morfología tiene en un caso aspecto de lobo, en otro de camello (sin jorobas), en dos de lagarto, en otros dos de perro y en los dos últimos de quimera. No obstante el cuerpo de éstas y los once casos restantes representan, muy claramente, a un dragón que sólo en dos ocasiones carece de alas.

Desearía llamar la atención hacia un hecho: la única representación de nombre femenino (quimera) es, precisamente, un animal de leyenda cuya morfología física es masculina en dos de sus partes (cabeza y cola), añadiéndosele en nuestro caso un cuerpo de dragón. La adición a la quimera del aspecto draconiano obtiene un resultado que se ha repetido en todas las figuras: la tarasca, aún siendo serpiente, está siempre representada por animales machos.

Igualmente, y aunque no sean momento de pormenorizar, es interesante constatar la relevancia de la dicotomía dragón-San Jorge frente a la serpiente (o tarasca)-Santa Marta; es decir, el mal masculino, la fuerza, el poder y el terror de

un macho puesto en jaque por la potencia, la heroicidad y la valentía de un hombre. Al contrario, la maldad oculta y despreciable del reptador (a ras de tierra y sin fuego purificador en sus fauces) anulada por una mujer que se reviste no de poderes propios sino de los de un hombre, un exorcista.

Esta ambigüedad lingüístico-sexual de la que estoy hablando y que se representa gráficamente tiene una solución igualmente gráfica pero a mi entender de excelente engarce y relieve cultural. El animal de denominación genérica femenina (la serpiente), compañero inseparable de la mujer, con la que incluso en los dibujos comparte el nombre (el conjunto mujer-serpiente se denomina también tarasca) tiene un cuerpo que generalmente y a simple vista (así lo he comprobado con varias personas) recuerda a los respectivos machos. Y en el caso más común, de gran macho draconiano. Sin embargo lo encontramos adornado, robustecido y significado con el atributo femenino por excelencia: el seno. Realmente paradójico: animales mamíferos representando a uno que no lo es; pero aún más incongruente: esta singularidad zoológica representa a animales que visualmente son machos. Con otras palabras: una serpiente con cuerpo de dragón y mamas, curiosa combinación que trastoca la definición de los dragones: animales de leyenda con cuerpo de serpiente, alas y patas. Pero la paradoja va en aumento: estas glándulas de total y absoluto trazo femenino van elevando su número hasta superar la media docena (siete exactamente) en 1687 y alcanzar la decena en la centuria siguiente.

Pensemos ahora en la imagen más repetida: un dragón, a veces sin alas, lo cual es más extraño, con patas de pato o ave rapaz, dotado de unas inmensas ubres que se multiplican bajo su vientre. ¿Qué se consigue con ello?. Creo no equivocarme al afirmar que la hipérbole gráfica subraya la feminidad que antes se había desdibujado pero también, y es más importante, el rasgo hiperbólico otorga al conjunto un trazo ridículo, antinatural e incluso grotesco; sobre todo cuando esos pechos, absurdamente multiplicados, cuelgan

desmayadamente del hinchado vientre del animal, recordando no el poderío físico de una hembra en sazón sino los signos más naturales de la decrepitud femenina.

La tarasca es un animal extraño, confeccionado en partes y con piezas de otro –al igual que le ocurriera a la mujer– y si temible es su fuerza y natural (de apariencia instantánea totalmente masculina) también resulta risible y despreciable por sus descabalados atributos de mujer: es el mal cotidianizado y minimizado por el absurdo.

Pero también, la unión de la tarasca y la mujer por medio de lo ambiguo lo encontramos en el lenguaje. En el Diccionario de Corominas y Pascual leemos que tarasca es «una mujer desenvuelta y de mal natural» (p. 417). Semejante definición la ofrece también el Moliner al advertir que el término se utiliza para designar a una «mujer fea y descarada o de carácter violento» (p. 1266). Tales acepciones semánticas han tenido una buena acogida en nuestras letras. En *El diablo cojuelo* Vélez de Guevara se refiere a «una doncella tarasca, fea, pobre y necia» (p. 179), mientras que siglos más tarde Benito Pérez Galdós, gran creador de tipos femeninos, describe así a Chanfaina: «... me bastará dar conocimiento a mis lectores de su facha, andares, vozarrón, lenguaje y modos para que reconozcan en ella la más formidable tarasca que vieron los antiguos madrileñas» (p. 8-12). Y por si sus palabras no describieran con fuerza suficiente a tal mujerona, añade páginas después: «... vimos a Estefanía (nombre real de Chanfaina) en chancletas, lavándose las manazas, que después se enjugó en su delantal de arpillera; la panza voluminosa, los brazos hercúleos, el seno emulando en proporciones a la barriga y cargando sobre ella, por no avenirse con apreturas de corás; el cuello ancho, carnoso y con un morrillo como el de un toro, la cara encendida y con restos bien marcados de una belleza de brocha gorda, abultada, barroca, llamativa...»¹¹

11. *Nazarín* p. 8-12. Jacinto Benavente se sitúa en la misma línea cuando en su obra *Rosas de otoño* pone en la boca de Laura: «Vicenta, mi cuñada,

Pero vayamos a una etnografía más viva. Recientemente he hablado sobre el significado de tales palabras con unas cuarenta personas. Nueve de ellas no habían oído nunca la expresión «tarasca». Trece recordaron tanto la fiesta del Corpus como la significación que ahora tratamos. Dieciocho se expresaron con palabras muy semejantes a las ya apuntadas: «una mujer que es una fiera», «una mujer chillona, de mal genio», «una mujer de mal aspecto, desaliñada», «una guarrona», «una mujer gritona y alborotadora» etc. La idea tarasca-mujer parece que pervive a través del tiempo ¹².

Por otra parte, el ser y el hacer, la idea y el comportamiento, elaboran un canon moral que se asume, se recrea y se refuerza con el transcurso del tiempo. De nuevo escribe Pérez Galdós (1988 p. 14): «Oyeron las cuatro tarascas... cuatro mujeres con careta, entendiéndose por ello no el antifaz de cartón y trapo, prenda de Carnaval, sino la mano de pintura que se habían dado aquellas indignas con blanquete, chapas de carmín en los carrillos, los labios como ensangrentados y otros asquerosos afeites, falsos lunares, cejas ennegrecidas, y la caída de ojos también con algo de mano de gato, para poetizar la mirada. Despedían las tales de sus manos y ropas un perfume barato, que daba el quien vive a nuestras narices, y por esto y por su lenguaje al punto comprendimos que nos hallábamos en medio de lo más abyecto y zarrapastroso de la especie humana».

Si aclaratorias son las primeras frases, muy significativas las últimas. Estamos ante la esencia femenina en mayúsculas, en su parte más natural: es la mujer-sexo que nos lleva, otra vez, a la actualidad. De los dieciocho informantes que conocían tan sólo la acepción de tarasca-mujer diez de ellos

es una tarasca...a mi pobre hermano lo mató a disgustos...» (p. 259). Puede verse también COTARELO Y MORI (pp. 656 y ss).

12. Los informantes tenían entre treinta y ochenta años. La muestra mayor corresponde a mujeres de 55 a 65 años. Con estas personas he confirmado también los sexos de los animales mencionados anteriormente y que siguen la línea de los textos leídos.

(de los cuales, significativamente, siete eran mujeres) matizaron ligeramente sus respuestas añadiendo: «una mujer frescachona», «algo ligera», «así, a la pata la llana», «un poco putilla» e incluso más taxativamente: «una tarasca es una puta, pero vamos, una puta de lo más arrastrá, y además...» Ese «además», unido a un rápido gesto de la mano me recordó la famosa «tarascada» de la serpiente del Corpus pero, ante mi recocijo, la informante aclaró que esta tarasca-puta «te quita todo... es la ruina de un hombre y una casa – añadiendo– por eso se les dice así a esas putas». Con tales antecedentes pregunté de nuevo sobre el tema y más de la mitad de esa decena de personas me confirmaron el hecho: una tarasca es una «puta» «que además utiliza malas artes» o, en palabras de otro informante «una tarasca es un putón verbenero». Pero todavía fue mayor mi asombro cuando volví a consultar el *Diccionario del uso del español* (MOLINER p.1267) y leí que, figuradamente, *tarasca* es «una cosa o persona que consume la fortuna de alguien». Advirtamos la significación del verbo consumir y consideremos su brío, su fuerza y la sensación de aniquilación lenta y dolorosa que produce.

Los datos no sólo nos hablan de una nueva categoría en el apelativo *tarasca* sino que, repasemos los números, si a los dieciocho que conocían esta acepción de mujer-tarasca unimos los trece que recordaban tanto ésta como la figura monstruosa del Corpus, tenemos que treinta y una personas, es decir el 77,50% de mi pequeña muestra, une mujer y tarasca antes que tarasca y Corpus, lo que personalmente considero significativo.

Tanto los autores mencionados como mis informantes nos recuerdan las mismas categorías. Una tarasca es una mujer, pero no cualquiera, sino aquella cuyos rasgos físicos, psíquicos, conductuales y morales son altamente negativos. Es fea, boba, sucia y necia; es mujer desmañada prototipo de la antisensualidad (recordemos a Chanfaina); es alborotadora, ramera y, además, ladrona y estafadora. Las categori-

zaciones son tan recusivas que la tarasca-mujer es culpable hasta de su posición social; de ahí que Vélez de Guevara utilice el calificativo de «pobre» y que para Pérez Galdós no sirva de disculpa física-moral el pésimo ambiente socio-económico de sus mujeres (en este sentido invito a releer *Fortunata y Jacinta*). Infiero pues que, bajo tal perspectiva semántica, la tarasca es lo no deseable, el polo opuesto a la mujer-idea, es también lo superfemenino y por tanto lo hipernegativo, en último término, la antiestructura.

Y de nuevo ambos aspectos, gráfico y lingüístico, nos significan el mismo hecho. La tarasca-serpiente resultó figura ambigua que llevaba en sí rasgos masculinos desdibujados gracias a una hipérbole netamente femenina. Igualmente en la consideración mujer-tarasca existen rasgos varoniles descontextualizados y de los que Chanfaina es un claro ejemplo. ¿Por qué esta similitud paradójica entre una y otra?. Personalmente considero que tales acciones están encaminadas a lograr una minimización cultural que ayude a superar lo penoso e incontrolado. Un dragón con inmensas mamas es chocante, indeseable, pero, sobre todo, absurdo al quedar su teórica masculinidad en una grotesca feminidad. Una mujerona con voz de trueno, sucia y desgñada, en la que la panza y el seno forman una abultadísima protuberancia no sólo es extravagante sino digna de mofa aunque en clave opuesta a la anterior: los atributos masculinos (todo es fuerte y grande en Chanfaina) en contexto (corporal o moral) netamente femeninos. La broma, la risa, el desprecio burlesco, incluso, están sirviendo para familiarizar elementos (símbolos más bien) rechazables, terribles, pero, a la vez, reales y cotidianos; cosa por otra parte que la dramatización teatral de la figura del diablo nos confirma.

De este modo, el mal se atenúa, lo inaprehensible se alcanza, lo insufrible se matiza en imagen, pensamiento e interpretación cotidiana. La hilaridad y la chanza que especifican lo netamente humano, la construcción del contexto bufo, la representación colectiva que supone el sentido del

humor en sí, sirven de camino, de constreñido cultural para el absurdo, fascinante y contradictorio vivir.

Que las mujeres se aprovechan de los hombres es dato común: «Si a la corte vas/ con las damas de ella/ abre bien los ojos/ y la bolsa cierra», apuntaba el verso barroco. Que las mujeres son rastreras e incluso homónimas de serpientes malvadas también era dato general, de ahí que Fray Juan de Terrones clamase en pleno Siglo de Oro contra aquellas «sierpes que más por ociosidad que por devoción se están todo el día en la iglesia, que mejor estuvieran hilando»¹³. Que la mujer tarasca roba al inocente y la tarasca serpiente roba también (*a tarascadas*) al poco espabilado no es sino una dialéctica metafórica al igual que lo es el que la mujer tarasca, vanidosa y amiga de lucir y variar galas, esté representada por una tarasca-serpiente, único animal que cambia su «vestido» cada primavera. Pero tales lenguajes metafóricos vuelven a hablar, a caucionar, contra el daño que unas y otras pueden causar, un daño no sólo individual sino colectivo.

En efecto parece que inferimos latente un juego conjunto de espacios y caracteres que llama la atención hacia la norma: aquello que no está en su sitio, que no tiene lugar en el orden lógico, no puede tampoco tener cabida en la sociedad. El macho hembra es antinatural, la mujer-varón antisocial. Pero a esta ambigüedad del ser y el hacer, que ha de normalizarse, se une también la del estar. El Corpus es fiesta dicotómica en la que se mezclan espacios y tiempos; pura plurivalencia en la que la exaltación de lo impalpable, lo sublime y lo inmutable se engrana con lo cotidiano y sensual, con lo efímero y cambiante. Mujer y serpiente delimitan espacios, pero también los trastocan al abandonar el que les es propio y lanzarse a la calle, bajo el signo *tarasca*, medio sierpe y medio dama, que decía Quiñones Benavente. Pura

13. Citado por DELEITO Y PIÑUELAS 1946, p. 30.

ambigüedad cabalgando una sobre otra, siendo una y otra, significando una y otra, pero, también, el desorden que destruye y es necesario controlar.

En casa, encerradas, escondidas al igual que el mal, el dolor y la desesperación; sabiendo que existen pero sin salir a la luz, sin abandonar su *habitat* natural ya sea éste el hogar o el campo. Mujeres perversas, engañosas, prototipo de lo indeseable que se mueve por las calles y que son reales, que conviven codo a codo con el hombre y que, además —como una broma de la naturaleza— continúan en sí su linaje. La serpiente maligna, rechazada, pura representación de lo que está fuera del hogar y de la familia. Una y otra (y la incertidumbre de la desgracia y lo incontrolado con ellas) hechas color, regocijo, danza y broma; hechas fiesta, en una palabra y plenas de significación antropológica. Así, ambas se convierten en signos voceadores de múltiples valencias culturales, portadoras de amplias y fecundas semanticidades. Ambas son signos huecos pero hipercodificables, al igual que el demonio, su otro compañero-imagen. Y todos ellos revelan la aventura, la paradójica aventura, de ser humanos.

Obras citadas

- BENAVENTE, Jacinto. 1978. *Rosas de otoño*. Madrid.
- BERNÁLDEZ MONTALVO, José María. 1983. *Las Tarascas de Madrid*. Ayuntamiento de Madrid.
- BRUNEL, Antonio. 1959. En: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Tomo II. Editado por J. García Mercadal. (El original francés es de 1665. *Voyage d'Espagne curieux, historique et politique fait l'anne 1665*. París. Ch. de Sercy)
- CASTAÑEGA, Fray Martín de. 1946 (1529). *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones y hechicerías y vanos conjuros*. Madrid. (original de 1529)
- CIRAC ESTOPAÑAN, Sebastián. 1942. *Los procesos de hechicerías en la Inquisición de Castilla la Nueva*. Madrid.
- COBARRUBIAS, Sebastián de. 1977. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid.
- COROMINAS, Joan y PASCUAL, José A. 1983. *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*. Madrid.
- COTARELO Y MORI, Emilio. 1950. «El entremés de la sierpe». En: *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*. Madrid.
- DELEITO Y PIÑUELAS, José. 1946. *La mujer, la casa y la moda*. Madrid.
- 1963. *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe*. Madrid.
- DUMONT, Louis. 1951. *La Tarasque*. París.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo. 1.990. *Demonios y exorcismos en*

el Siglo de Oro. (La España mental I) y Endemoniados en Galicia hoy (La España mental II). Madrid.

MOLINER, María 1979. *Diccionario de uso del español*. Madrid

MONCO, Beatriz, 1989a *Mujer y demonio: una pareja barroca*. Madrid.

– 1989b. «De dueña a esclava: breve esbozo de una tipología femenina». En: *Anales de la Fundación Joaquín Costa* n'6. Madrid.

– 1989c. «Espacios femeninos en el barroco». En: *Cuadernos de Realidades Sociales* n° 33-34. Madrid

– 1990. «Los alumbrados, secta del ayer». En: *Cuadernos de Realidades Sociales* n° 35-36. Madrid.

NOYDENS, Benito Remigio. 1660. *Práctica de exorcistas y ministros de la Iglesia*. Valencia.

PÉREZ GALDOS, Benito. 1988. *Nazarín*. Barcelona.

VÉLEZ GUEVARA, Luis 1983. «El diablo cojuelo». En: *Tres novelas del Siglo de Oro*. Barcelona.